

DESPUÉS DEL DÍA DE LA ZANAHORIA

Asier Triguero



Image not found.

Capítulo 1

DESPUÉS DEL DÍA DE LA ZANAHORIA

–Tienes que estar de puta broma –dije. Querían que repitiese de nuevo la historia.

A esas alturas me daba todo bastante igual, pero al poli que tenía enfrente no; cerró el puño y con un gesto desquiciado en la mirada se acercó hacia la silla donde llevaba sentado once horas. Sus veteranos ojos reflejaban las ansias de darme unas cuantas hostias al estilo de la vieja escuela. Me eché un poco hacia atrás, maldiciendo mi cobardía. Casi pude ver cómo salivaba, el muy cabrón, al comprobar que aún se mantenía en forma.

–No hay lugar para putas bromas, chaval –volvió a coger por enésima vez la foto de la chica y me la mostró, sujetándola como si el folio pesase cinco kilos–. Se ha encontrado a esta pobre chica con las tripas fuera en el salón de su casa, no se forzó la puerta...

–Y todo apunta a que fue un conocido suyo porque ella le invitó a pasar... –interrumpí y completé yo la frase que tantas veces había escuchado en esa puta sala donde llevaba una eternidad encerrado. El poli enmudeció ante mi actitud de crío aburrido que parafrasea las órdenes de su madre como si estuviese ante la mayor falta de respeto acontecida en toda su carrera, y esta vez sí, me soltó una buena hostia con la mano abierta. Mi cuello crujió por dentro y mi boca se incendió.

Hacía tiempo que no me zurraban; nunca me ha parecido tan horrible como lo pintan, o como parece que va a ser segundos antes de que te golpeen. Permaneció varios segundos mirándome con desprecio, respirando hondamente, reprimiendo las ganas de continuar. Yo miré hacia un costado el tiempo que consideré necesario para mostrar indiferencia y me pasé la lengua por el labio sangrante; entonces le miré y lo vi: el viejo mecanismo de la identificación, de puto libro. ¿Qué tendría, cincuenta y largos? Y seguro que una hija de veinte pocos, guapa y soltera y muy de la época actual, típico. *"¡Ay, comisario! ¿Qué culpa tengo yo de su miedo? Tú escogiste ser padre y policía, y te salió una niña mona a la que adoras, por supuesto, y a la que no quieres que le pase lo mismo que a la de la foto"*.

Escapó de la sala; había conseguido sacarle de quicio. Creo que con él iban como unos diez.

El viejo era el primero que me pegaba de verdad. Zarandeos y gritos y empujones y demás amagos violentos; eso sí. Ahora estaba solo. Me apetecía fumar. Como por arte de magia, dos manos acercaron una llama al cigarro que sujetaban mis labios hinchados. Me lo quité y parte de la piel entorno a la herida se quedó pegada al filtro. ¡Ay!

–Cuenta de nuevo la historia, por favor. Yo no la he escuchado –me acercó también un botellín de agua.

Era una chica de mi edad, sin duda también policia; gafas de montura ancha, una coleta que aguantaba así desde primera hora de la mañana y nada de maquillaje. Bastante atractiva. Camisa de cuadros grandes negros y rojos; escotada. No sé por qué, pero se ganó al instante mi respeto. Quizás por el cuadernillo de anillas con tapas de cartón marrón y hojas milimetradas que dejó a su derecha, o por el boli claramente mordisqueado que se sacó del bolsillo de su camisa, pero fue la primera persona en todo el tiempo que llevaba encerrado allí que lo consiguió, y sin apenas hacer nada. Por eso apreté los labios hasta que me dolieron mucho para no soltar la broma que se me había pasado por la cabeza nada más verla: "*¿Acabas de salir de una sesión de fotos con Terry Richardson?*". Me costó muchísimo, pero al final no lo dije. Parecía que estábamos en uno de esos ratos de descanso en la biblioteca cuando íbamos a sitios como la universidad y todo eso. Tras dar un buen trago de agua, procedí a contar de nuevo la historia, mucho más relajado que las veces anteriores.

–Eramos una pandilla de unos cinco incluyéndome a mí, e íbamos todos a la misma clase. Estábamos en tercero de la ESO y teníamos la edad que se tiene cuando vas a tercero de la ESO.

–Tómame esto en serio, por favor. Regocíjate en la narración todo lo que quieras, tienes derecho, sé la de veces que la has tenido que contar, pero tienes que ser sincero y concreto. Cuántos erais en la pandilla y cuántos años teníais– interrumpió ella con el boli entre sus dedos; tomaba apuntes como se hacía en clase.

–Seis conmigo, trece años.

–Gracias, prosigue –añadió amablemente, tachando allí y apuntando allá. Sus movimientos eran como tragos de consomé en un día de invierno.

Bueno, pues recuerdo que estaban próximas las vacaciones de Semana Santa y los seis contándome a mí vagueábamos por las afueras de la ciudad, haciendo lo que suelen hacer los críos que están en tercero de la ESO y tienen trece años. Era el primer curso que sólo teníamos clases por la mañana y nos creíamos muy mayores por eso. Los días cada vez eran más largos y apurábamos las tardes como si la mayor de las aventuras estuviese aún por llegar. Nos gustaba andar por las viejas vías del tren,

llenas de basura interesante y arbustos misteriosos infestados de ratas enormes a las que disparábamos con pistolas de balines. Al otro lado de las vías una verja oxidada separaba la antigua ruta del tren de una llanura sobre la que se esparcían varias casas; algunas mejor cuidadas que otras y la mayoría con un terreno en la parte trasera que daba a las vías. Un día, aburridos de disparar a cosas o a ratas comenzamos a dispararnos entre nosotros; fue maravilloso. Aún recuerdo la adrenalina, la sensación de guerra corriendo por mis pantorrillas... El caso es que, cuando estaba escondido tras un arbusto que apestaba a mierda de perro y lleno de moscas verdes que intentaban meterse por mi nariz, la vi.

–A la chica de la foto, a la muerta –interrumpió, pero no me la volvió a mostrar. Quería pillarme desprevenido.

–Eso es lo que dice vuestra investigación y por ello me encuentro aquí retenido, ¿no? Yo no puedo afirmar eso, y de ser así, hace casi veinte años que no la he visto...

–Tranquilo. No está usted detenido por nada.

–No me trates de usted, por favor, somos de la misma quinta y ninguno de los dos tenemos pinta de tener que tratar de usted a los demás.

–Puedes irte cuando quieras.

–Joder, pues es la primera vez que tengo esa sensación desde que me han metido aquí.

–Mis compañeros a veces se pasan, sí. Sobre todo con casos como éste...

–¿Eres policía?

–Soy criminóloga.

Arqueé una ceja, ella también.

–¿Qué? –inquirió ella.

–Nada –contesté–. ¿Continúo con la historia?

–Por favor –miró su cuaderno–. Estabas escondido tras un arbusto maloliente, lleno de moscas verdes que se te metían por la nariz y sintiendo la adrenalina de la guerra por tus pantorrillas. Entonces la viste.

–Buen resumen –dije.

Ella esbozó la sonrisa más breve del mundo y cayó sobre su rostro cual

gota de tinta china sobre agua cristalina.

Mis amigos seguían disparándose y revolcándose sobre piedras y cristales y trozos de plástico; en la guerra no hay lugar para las exquisiteces. Pero yo era incapaz de moverme. A pesar de la distancia la reconocí; era una chica de nuestro instituto, iba a otra clase y corrían rumores de que faltaba bastante y de que iba a repetir curso por falta de disciplina y problemas familiares y todo eso. Yo me había fijado en ella, por los pasillos siempre iba sola y vestía con ropa de chico o muy ancha, diferente al resto de las chicas. Cuando salió aquella vez al patio trasero de su casa estaba en ropa interior. Joder... imagínatelo. Me revolví en la silla. Quiero decir... todas las chicas del instituto llevaban una ropa que pretendía marcar lo que aún no tenían, y esa chica... esa chica tenía todo lo que hay que tener, no sé si me explico. Me sentí como un explorador ante el hallazgo del tesoro más valioso del mundo. El sol de la tarde sobre su pálida piel inyectaba aún si cabe mayor voluptuosidad a sus formas, cortadas tan sólo por un sujetador y unas bragas de color carbón. En el jardín trasero de la casa yacía, como caída de un árbol, una silla de plástico con propaganda de Heineken a la que le faltaba el posa brazos derecho. A falta de más cosas, la chica desparramó su belleza sobre aquella cochambrosa tumbona improvisada y se puso a tomar el sol.

Sus muslos, abiertos y carentes de preocupación, apuntaban a mi frente. Sentí fiebre y alegría y sudores y lo que más nítidamente recuerdo, es la sensación de sumergir los testículos en champán. Ya no olía a mierda a mi alrededor, no recuerdo cuánto tiempo estuve así pero sé que reaccioné cuando un par de moscas me atragantaron aterrizando en mi campanilla. Mis amigos aún no la habían visto, pero ella sí tenía constancia de ellos. Utilizó la mano a modo de visera y se incorporó levemente. Entonces me levanté, mis rodillas crujieron y recibí varios disparos, pero no sentí nada. Me había visto.

Caminé lentamente hacia la verja y crucé las vías; posé mis manos sobre el óxido. Ella se hallaba como a unos veinte o treinta metros calculados por la hormona de un adolescente, quién sabe cuánto espacio nos separaba. Eso era lo de menos. Parecía que había nacido para sentirse observada. Yo apenas podía mantenerme en pie agarrado a aquella verja con los brazos en alto y la cara pegada, oliendo a óxido y a maleza recalentada. La sensación burbujeante que antes envolvía mis testículos inundó la parte interior de mis muslos cuando ella se abrió más de piernas y deslizó su mano por dentro de sus bragas, sabiendo que yo estaba allí, mirándola. Recuerdo pensar: *"¿qué tendrá ahí que lo frota con tanta ternura?"*. Caí en la cuenta de que ya había dejado de recibir disparos en la espalda y en las piernas cuando sentí a mis amigos alineados junto a mí y en la misma posición; la verja trazaba sobre nuestra silueta caprichos oxidados de forma romboide. Cuando ella se quitó las bragas, Miqui se la sacó y la metió por uno de los agujeros de la verja y chilló. Aquello, lo que tenía entre las piernas, se parecía mucho a los agujeros de la verja.

Ninguno lo reconocimos en aquel instante, pero era la primera vez que veíamos algo parecido. La chica siguió acariciándose hasta que un ruido dentro de su casa le hizo dar un brinco y desaparecer en su interior. Volvimos a casa confusos, sin saber qué decir. Miqui se llevaba la mano a la entrepierna cada dos pasos y maldecía; casi no teníamos fuerzas ni para hacerle bromas.

–¿La volvisteis a ver?

–Por supuesto. Volvimos allí todas las tardes, a la misma hora. Y ella era fiel a su público. Siempre desde la distancia.

–Iba poco por clase, según me has dicho...

–Sí, ahora iba a comentarte eso...

–Adelante, siento interrumpirte.

–No te disculpes, estoy bien charlando contigo, jamás había hablado de esto con alguien, y lo que he hecho con tus compañeros no se puede considerar charla... ¿Qué te parece si continuamos la charla fuera de aquí en un lugar más agradable?

–Centrémonos. La volvisteis a ver –entornó los ojos de manera imposible–. Continúa.

¿Cómo no íbamos a volver allí? Aunque electrificasen la valla o pasaran cada dos minutos cien trenes bala no concebíamos las tardes sin ella... Apenas dormíamos, era imposible concentrarnos en clase, todas nuestras conversaciones giraban entorno a aquellas tardes... Ella fue la que nos explicó todo lo que había que saber sobre el sexo, a treinta metros o quién sabe a cuánta distancia y con una verja oxidada de por medio... Nos inventamos hasta un nombre en clave para referirnos a ella.

–¿Cuál?

–Zanahoria

Ella arquea una ceja como si un minúsculo hilo dorado tirase de ella para arriba. *"¿Hilo dorado? ¿Qué coño me ocurre? ¿Por qué me cuesta seguir con la historia?"* La criminóloga quiere detalles... así que continuo.

Sí, aunque con esa edad y en términos generales uno es bastante obvio, el nombre en clave no hacía referencia a su color de pelo, sino a lo creativa que se puso una tarde de mayo... Por aquellas fechas ya no íbamos ni con pistolas ni dando tumbos de lado a lado, como aquella primera vez que nos la encontramos por casualidad, sino derechos hacia

la verja, asiéndonos con fuerza.

Había veces que tardaba en salir y la agitábamos creyendo que algún tipo de sonido llegaría a su puerta o yo qué sé. Siempre la silla rota de Heineken, siempre la ropa interior de color carbón, siempre la polla tiesa y el silbido del aire entre los agujeros. Así eran nuestras tardes. El caso es que aquella vez se quitó las bragas demasiado rápido, sin dejarnos tiempo a que lo deseáramos, pero lo que hizo a continuación cambió nuestras vidas de alguna manera. En algún lado, oculta entre la maleza de su jardín, una afortunada zanahoria se escondía de nosotros.

Por vez primera en aquellas tardes, consiguió que desviáramos los ojos del misterio cubierto de pelo que tenía entre las piernas para mirar a su boca, a sus labios, a su lengua... ¿cómo se podía hacer semejantes cosas con una simple zanahoria? Bajó por sus pechos ¡oh!, por su vientre... dejando un sendero brillante de saliva, y a continuación... vino la magistral lección de nuestras vidas. ¡Cabían cosas ahí dentro! Miqui volvió a chillar y tembló y se cayó al suelo y nadie le hizo caso, porque todos andábamos hipnotizados por la magia, por la aparición y desaparición de aquella afortunada zanahoria... Ella nos enseñó todo.

–¿Le ha contado esta historia a mis compañeros... tal cuál me la está contando ahora? –Leves tonos rosas asomaban bajo la fina piel de sus pómulos. Me quitó la botella de agua y se la terminó de un trago.

–Sí, más o menos. ¿Por qué?

–¿Y qué le han dicho?

–Nada coherente. Cuando llegaba el momento de la zanahoria me interrumpían gritos, balbuceos, nerviosismo en general, y sobre todo insultos y acusaciones... no me dejaban terminar. Luego me pedían que la volviera a contar. Han desfilado por aquí buena parte de la plantilla del departamento. Tú eres la primera mujer. ¿Habíamos quedado en que ninguno de los dos trataba de usted a nadie, no?

–Por lo tanto... deduzco que ése no es el final de la historia, ¿no?

–Desgraciadamente el final de la historia es trágico y me acabo de enterar hace más o menos catorce horas, cuando tus compañeros me han metido aquí –dije señalando la foto.

–Ya, no me refiero a ese final, me refiero a...

–Te entiendo, sólo estaba disfrutando un poco de la distensión... ha sido un día duro para mí, como comprenderás.

-Lo siento, por favor, continua con la historia.

-Tras la tarde de la zanahoria pasó algo extraño. Todos nos quedamos... como raros. -¿Has leído a William Blake? -la criminóloga se pensó que era parte de mi narración y no me contestó. Yo esperé-. "El matrimonio del cielo y el infierno"-añadí.

-Perdón, era a mí, soy boba, sí, lo conozco -y esta vez su sonrisa fue amplia y su mirada más fresca y de pronto toda la habitación sin ventanas en la que estábamos olió a ozono.

"Si las puertas de la percepción quedaran depuradas, todo se habría de mostrar al hombre tal cual es: infinito.", cité.

-Esa frase la utiliza Aldous Huxley para abrir su ensayo sobre las experiencias que tuvo con la mescalina -añadió.

-Ella fue nuestra mescalina, nuestro enteógeno natural, idetonó nuestra sabiduría!

-Céntrate, no divagues. Antes has dicho que os ocurrió algo extraño...

Seguí con mi narración...

Ahora de adultos puede que suene exagerado, pero piénsalo, seis críos tímidos de trece años con montón de preguntas girando todas entorno a sus hormonas en la era anterior a internet. ¡Si todavía no le habíamos echado huevos a mangar revistas porno al hermano mayor de Miqui! Joder, imagínatelo. Tardamos en hablar del tema. Estuvimos pensativos varios días, como sacando nuestras propias conclusiones. Una frase se repetía en mi cabeza cuando iba por el pasillo del instituto y veía a las chicas de mi edad: "*ahí caben cosas*", y pensando en las cosas que cabían ahí se me ponía tiesa y la misma naturaleza me dio la respuesta.

-Me siento imbécil hablando de esto contigo, la verdad, no sé por qué te lo cuento...

-Porque algo extraño os pasó a los seis que hizo que vuestras tardes llegasen al final -dijo. Me quedé pensativo.

-Quizás fuera ése el orden natural de las cosas, que tan pronto vienen como se van, no sé cómo explicarlo... a esta parte de la historia no he llegado con ninguno de tus compañeros, quiero decir, que no me han dejado. Llevo tanto tiempo contando lo mismo que ahora no sé cómo... Cuando llegaba a lo de la zanahoria se levantaban de la silla, bufaban, se secaban los espumarajos de las comisuras de los labios mientras me insultaban y me acusaban de cosas terribles y me pedían que volviese a contar la historia. A veces se iban y volvían otros con el ansia reflejado en

sus rostros.

–Inténtalo.

Después del día de la zanahoria estuvimos ausentes en el más amplio de los sentidos. Nos cubrimos con un velo que rozaba el autismo. Nos íbamos a casa directos después de clase, cada uno con su propia investigación e imagino que con su peculiar trabajo de campo.

Dejamos de ir a las vías para siempre. Aunque recuerdo una vez, al final de curso en el patio, que Miqui vino corriendo hacia nosotros; hacía tiempo que no hablábamos del tema y nos contó que había ido a las vías y que la Zanahoria le había hecho una paja a través de la verja. Pobre Miqui... Tan sólo reprodujo el sueño que todos habíamos tenido a cada minuto durante las tardes antes del día de la zanahoria. El deseo de que ella acortara distancias y se acercase. Después de ese día sí que hablamos mucho de aquellas tardes y también de la zanahoria mágica, pero como anécdotas para el recuerdo, como si de pronto nos pasasen cosas más importantes o la lección que nos había dado la chica nos hubiese cambiado. Nos habíamos hecho mayores en cuestión de semanas. El inocente farol de Miqui rompió el tabú del día de la zanahoria, normalizándolo.

–¿Por qué estás tan seguro de que no hubo contacto entre Miqui y la chica?

–Por el encuentro que tuve con ella meses después, una tarde de agosto
–La criminóloga levanta la vista de su cuaderno y deja de escribir.

–¿Esto tampoco se lo has contado a mis compañeros?

–Como antes te he dicho, nadie se ha interesado por nada que haya podido suceder después del día de la zanahoria. De ahí pasaban a los gritos y los insultos y a gritarme detalles sobre el horrible asesinato de la chica. Que si las tripas fuera, que si nadie forzó la puerta, que si tenía que ser alguien conocido, que si en mi móvil se habían encontrado mensajes y fotos que...

–Vayamos más despacio... ya entraremos luego en eso. Vayamos a esa tarde de agosto...

Ese verano mis padres me compraron una bicicleta de montaña porque había aprobado todas. Fue el verano de mi independencia. Salía pronto por la mañana y volvía para comer; con el postre aún en los carrillos, volvía a salir y llegaba para cenar. Alguna noche también me escapé.

Había demasiado mundo por explorar a golpe de pedal. En una de mis largas excursiones me encontré a la chica, cerca de la zona de las vías.

Solía pasar por allí siempre, más por nostalgia que por otra cosa. Iba dando saltos completamente desnuda por un descampado, llevaba una cesta en la mano de la que asomaban telas. Fue la primera vez que vi sus pechos. También la primera vez que vi unos de verdad. Me recordaron a dos flanes de huevo recién aterrizados sobre un plato. Ella se quedó paralizada, con los brazos pegados al cuerpo y la cesta colgando de su mano derecha. Estaba más o menos a la misma distancia que cuando la contemplábamos desde la verja, a esos veinticinco o treinta metros o vete tú a saber cuántos. No sé muy bien cómo explicar lo que viene ahora... Entre que es la primera vez que lo cuento y que el paso de los años ha teñido de misticismo toda la historia...

–Hasta ahora vas bastante bien. ¿Quieres decir que fue algo como... sobrenatural? ¿Volvemos sobre los textos de Blake y Huxley? –Noté que estaba pasando un rato agradable.

–Me refiero a que no puedo desprender la parte interpretada de lo que sucedió realmente en aquel momento –lo tenía difícil; con los trogloditas anteriores me manejaba bien, pero con esta chica... algo había en ella que me obligaba a estar continuamente alerta. Estaba consumiendo demasiadas energías.

–Es algo que le suele ocurrir a las personas normales que rememoran vivencias pasadas. No te preocupes. Adelante. La chica estaba inmóvil delante tuyo a unos treinta metros, desnuda y con la cesta colgando de la mano derecha. Sus pechos como flanes –emitió una leve risita y pensé que afuera, en la calle, quizá estuviera amaneciendo.

Era la primera vez que no nos separaba una verja; nada me impedía salir corriendo hacía ella y caer en sus brazos y revolcarnos sobre la sucia hierba de aquel descampado. Pero algo en su inmovilidad me incitó a esperar... no sé; dejé la bici tumbada a un lado y la imité. Me quedé inmóvil. Pensé en desnudarme también, pero una leve ráfaga de aire sobre unos hierbajos cercanos me susurró *"sólo los zapatos, y avanza unos metros"*. Eso es lo que hice. Ella empezó con su show de aquellas tardes, esta vez sólo para mí y sólo con sus manos, dejando la cesta a un lado, en el suelo. Avancé algo más y me desabroché los pantalones. Ella relentizó sus movimientos y echó mano de la cesta y se puso una prenda; aquel sujetador color del carbón... En mi vida he estado tan excitado, lo único que quería era acortar distancias entre Zanahoria y yo, así que avancé más y me bajé los calzoncillos. Ella se puso las bragas y se quedó como una estatua. Y bueno, no quiero alargar mucho este suceso, pero el caso es que así se fue desarrollando: a medida que yo me acercaba más rígida y vestida se volvía ella y más desnudo y frustradamente excitado me volvía yo.

Cuando tan sólo me separaban de ella tres metros... no pude... me era

imposible... fue horrible.

–¿Estás bien? –me cogió de la mano– ¿Quieres más agua?

El tacto de su piel me transmitió información. *"He avanzado mucho más de lo que yo creía"*, pensé. Así que no me seguí esforzando y reservé fuerzas. De pronto, caí en la cuenta de que habían brotado lágrimas de mis ojos y de que los suyos estaban brillantes. *"Voilà! Pensaba que esto de llorar era más complicado..."*

–Sí, sí... estoy bien. Es que llevo tanto tiempo aquí... joder, me han insultado, pegado, me tienen encerrado aquí desde... –miré un reloj que no tenía, siempre utilizo el del móvil, pero me lo habían confiscado– no sé, he perdido la noción del tiempo. Antes, cuando te has reído, he pensado que ya habría amanecido, no me preguntes por qué –clavé mi mirada agotada en sus ojos.

–Vamos a hacer una cosa –miró un reloj que sí tenía–. En efecto, es hora ya de desayunar; vamos a salir a tomar un café, comemos algo y continuamos con esto afuera. En realidad no hay ninguna prueba consistente contra ti, pero si quieren pueden retenerte aquí más tiempo. Ya me encargo yo de todo. Espera aquí.

La joven criminóloga salió por la puerta. Tenía las piernas visiblemente entumecidas. Me encendí un cigarro y paseé por la sala. Parece que todo iba bien, como yo quería y había planeado.

Antes de que me acabara el cigarro entró de nuevo con una bolsa de plástico que envasaba al vacío mis pertenencias. Cartera, móvil y documentación. Escoltado por las dinámicas zancadas de la joven criminóloga, creo que había aprovechado para hacer estiramientos, me paseé triunfante por la planta de arriba ante la mirada de todos los hombres de la comisaría. Los oteé de cabo a rabo con mi indiferencia. Tras la puerta de cristal, la libertad de ese aire azul casi transparente del amanecer aguardaba mi salida para darme la bienvenida.

Recostado sobre el respaldo acolchado de una cafetería próxima a la comisaría, encendí el móvil e introduje el número pin. La chica estudiaba la carta como si de un importante caso se tratase; pidió por mí. Al instante, mi móvil comenzó a zumbiar, a iluminarse y a pitar, recordando una traca final de fuegos artificiales en unas fiestas patronales de verano. Correos, llamadas perdidas, mensajes de texto y whatsapp, notificaciones de Facebook, Twitter, Instagram, Tinder, Badoo, LinkedIn...

La chica observa la pantalla con una ceja arqueada.

-Pues sí que estás solicitado...

-Bah, lo normal en casos como este, cuando te retienen en contra de tu voluntad durante más de medio día en el sótano de una comisaría -dije livianamente- menos mal que has aparecido tú- me atreví a extender la mano y rozarla con la suya.

-Me he tomado la libertad de investigarte un poco antes de entrevistarte -dijo-. Así que eres escritor y licenciado en psicología... He navegado por tu web y he ojeado tus novelas y algunos de tus relatos... interesantes. Tus ensayos son bastante potentes.

-¡Vaya! Parece que uno no se puede librar de estas cosas ni siquiera cuando queda a desayunar con una atractiva criminóloga -dije, conteniendo los nervios. Sabía que la investigación no se quedaba ahí.

-Las redes sociales, ¿eh? ¿Quién se libra hoy día de ellas? Eres muy activo, tienes perfil en casi todas... Qué papel más raro juega la intimidad en todo eso, ¿no crees? La intimidad a través de la distancia.

-La extimidad. Un concepto posmoderno que ha entrado con fuerza en el mundo de la psicología. La necesidad de hacer pública tu intimidad -inicié rápido un tema de conversación.

Parecía que aún seguía tanteándome. "*Claro que lo sigue haciendo, puto imbécil*", me dije.

-Todo el relato de la chica que me has contado ahí abajo parecía una tesis sobre eso. Las relaciones íntimas a través de la distancia. Gente que es capaz de darlo todo a través de una aplicación del móvil, que puede llegar a confesar sus mayores secretos o destapar todas sus vergüenzas a través de la distancia que le proporciona la red virtual, pero que en la vida real le ocurre precisamente lo contrario.

-La extimidad no es concretamente eso, no es necesario que la persona en la vida real sea incapaz de relacionarse...

-¿Sabes que la chica que hallaron muerta en su apartamento con las tripas fuera también era muy activa en las redes sociales? Tenía muchos perfiles en aplicaciones de citas, como tú: Tinder, Badoo, Edarling, Lovoo, Zoosk...

-Lo sé, por eso he pasado las últimas dieciséis horas ahí abajo. Porque los últimos mensajes que mandó antes de que la destriparan fue a mi avatar, y porque también me había mandado fotos de ella con poca ropa. ¿Dime, no le mandas selfies a tu novio? ¿No subes fotos tuyas en bikini a instagram? Hoy en día hay miles de asesinatos al día, y tanto víctima como asesino son usuarios de las redes sociales -nuestras miradas se

batieron en duelo interminable.

-La chica de la verja era ella.

-Probablemente. Aunque no estoy seguro de ello, hace casi veinte años que no la veo.

-En todas las aplicaciones utilizaba el mismo avatar: Carrot. Zanahoria en Inglés.

-Se idiomas, sí. Sabéis perfectamente que ninguno de los mensajes hablaba de quedar conmigo en ningún momento ni en ningún lugar y que yo tengo una coartada sólida y contrastable que me aleja de la zona y la hora del crimen.

-Sí, también sé hacer mi trabajo, además de idiomas, sí.

-Somos jóvenes modernos en un mundo caótico que sabemos idiomas y tenemos trabajo y somos buenos en ello. Entonces... creo que todo en orden, ¿no?

-De momento sí.

-¿De momento?

-Puede que te llame algún día para comer y hacerte unas preguntas sobre tus amigos.

-Os lo dije al inicio, varias veces. Uno muerto, dos de ellos en la cárcel, uno felizmente casado en el extranjero y de los demás ni puta idea.

-Bueno, qué más da... podemos charlar de psicología, de redes sociales, de comportamientos extraños, de la extimidad y demás conceptos modernos... ¿no crees? ¿no irás a rechazarme, verdad? -me dio su tarjeta rozándome las manos. Llegó la comida. Café, tostadas y tarta de zanahoria para los dos-. Tu teléfono ya lo apunté. Te tengo fichado-. Me guiñó un ojo claro tras sus gafas de montura ancha y empezamos a comer en silencio.

Yo asentí con una sonrisa que intentaba aparentar tranquilidad... me había calado de lleno, de alguna forma que yo no me había dado cuenta, había sido muy torpe, "*me estoy descuidando, confiando demasiado estoy perdiendo facultades...*", pensé con los primeros rayos de sol calentándome el lado derecho de mi cabeza.

"Dios mío, han estado apunto de pillarme, se han acercado demasiado... me han puesto contra las cuerdas. Joder, si al final he tenido que llevar la trola al campo místico y lacrimógeno como si fuese un vulgar fan de Paulo

Cohelo... Menos mal que me salieron las lágrimas y que ella cortó la conversación, que si no... hubiera sido todo muy complicado... Esto no puede seguir así, tengo que dejar pasar un tiempo hasta mi siguiente víctima... el tiempo que sea, el que haga falta hasta que todo esto se calme..." Pensé.

Intenté seguir con normalidad el desayuno, aparentando que era una persona normal... pero... *"no me gusta nada la forma en que me miras mientras te comes la puta tarta... no me gustaría que fueses la siguiente... no me obligues... me habías caído bien..."*

FIN

Asier Triguero.